

El capital, el ahorro y la inflación

Se admite como axioma por los más insignes tratadistas de Economía política que el capital sólo puede incrementarse mediante un exceso del ahorro sobre el consumo. Este apotegma de buena ortodoxia doctrinal quiebra en la realidad económica del mundo por la interferencia de la inflación que, más o menos, practican actualmente casi todos los Estados de la tierra.

La pura doctrina claro es que no puede ser afectada por el desarrollo de los ciclos inflacionistas, ya que éstos, entrañan, por su propia naturaleza y características, una coyuntura económica y financiera patológica. Pero, atendiendo a los hechos, toda economía nacional sometida al cáncer de la inflación, inevitablemente se altera hasta sus raíces más profundas. Ello ocurre porque el axioma de que sólo el excedente de ahorro sobre el consumo puede incrementar el activo público y privado rige para el capital y el ahorro *verdaderos*, siendo ineficaz en cuanto respecta a impedir que la inflación monetaria, fiduciaria y crediticia dé lugar a la aparente y engañosa formación de capitales y ahorro *ficticios*. El tema es por demás interesante y bien merece que dediquemos estos comentarios a demostrar una verdad incontrovertible aunque olvidada o desconocida por gobernantes de las más dispares ideologías.

* * *

En toda economía nacional sana el ahorro no es, ni puede ser, otra cosa que un cierto y real excedente que las economías privadas —Sociedades, Empresas e individuos— logran en cada anualidad y que no se consume sino que se destina al aumento de su capital o de sus reservas. La suma de todos estos ahorros capitalizados integra la cifra en que se eleva anualmente el patrimonio *efectivo* de un país.

Mientras la inflación no surge, esos ahorros y ese progreso de los capitales privados son *reales*, como también lo son la riqueza y la renta nacionales y particulares que de ellos derivan. Más cuando el ciclo inflacionista se inicia y desarrolla el problema cambia radicalmente y las cosas ocurren de muy otro modo. Toda expresión numérica del *capital*, del *ahorro*, de la *riqueza* y de la *renta* nacionales sólo vale como un término aritmético de referencia, pero no sirve al efecto de reflejar con verismo y exactitud la realidad económica y financiera del país de que se trate.

«La inflación —ha dicho Charles Rist— todo lo falsea y todo lo vicia. Cualquier avalúo que se haga respecto a la riqueza y la renta de una nación, mientras su economía se halle afectada por los factores inflacionistas, será erróneo, y todo sistema económico y fiscal que sobre tales soportes se establezca no puede ser justo, ni útil, ni eficaz. Antes que nada precisa sanear la economía y las finanzas y estabilizar la valuta.»

Las copiadas palabras del gran economista francés fueron escritas en 1924 y con referencia al estado económico y financiero de su patria en dicho año. En la presente situación del mundo recobran mayor y universal actualidad ya que por el orbe entero señorea y castiga la economía nacional y las haciendas privadas la inflación monetaria, fiduciaria y crediticia.

* * *

Cuando la economía de un país es normal, todo ahorro implica siempre un *sacrificio* o una *privación*, salvo para algunos privilegiados seres cuyas inmensas fortunas permítenles apartar en todas las anualidades excedentes de sus pingües rentas sin necesidad de imponerse la más mínima abstinencia de goces. Pero esos casos son excepcionales y por lo mismo pueden omitirse a los efectos que perseguimos con estas líneas.

Lo indudable es que un *noventa por ciento* —o más— de la humanidad sólo puede ahorrar dentro de una economía nacional sana, sacrificand algún goce o privándose de satisfacer un deseo. Por consiguiente, tal ahorro es *verdadero* y el incremento de su patrimonio es *real*. En consecuencia *la riqueza y la renta nacionales se elevan proporcionalmente a lo que corresponde a esos nuevos ahorros*.

Al contrario sucede cuando la economía de un país hállese envenenada por la inflación. Entonces es *falso* lo que debiera ser *cierto*. Las evaluaciones que durante los ciclos inflacionistas se hacen de la riqueza y la renta nacional, y de la cuantía de los patrimonios privados, no corresponden a la realidad. Fácil será probarlo.

Los economistas suelen calificar —con muy discutible acierto— a este ahorro ficticio, que la inflación origina, de *ahorro forzoso*. Dan por demostrado que se produce con independencia, ya que no contra la voluntad de los ahorradores, pero olvidan que no es tal *ahorro*, ni voluntario ni forzoso. Y no lo es porque el excedente que en apariencia engen-

de los nombres de negocios, dentro de las normas de una economía sana. La misión de la Banca es realizar una función auxiliar, como la del transporte. Lo principal es que las mercaderías se produzcan; una vez producidas puede ser culpa del transporte, si sus medios son insuficientes, el que el aprovisionamiento no se cumpla del modo debido, pero también el desarrollo de los medios de transporte por encima de lo necesario resulta no tan solo vanamente dispendioso, sino propicio a producir atascos y taponamientos.

El dinero es como un vehículo del valor; una cantidad insuficiente dificulta su circulación; una cantidad excesiva obstruye y tapona en definitiva los cauces de la riqueza, aunque procure cierta holgura momentánea.

Ni aun siquiera basta que el dinero sea creado; es menester que alguien lo solicite en las cantidades y condiciones que la Banca puede ofrecerlo. Cabe citar como ilustración muy notoria aquella experiencia, cuando la gran crisis iniciada en 1928 en los Estados Unidos, conocida con el nombre de experimento Hoover. Después de la etapa en que los hombres de empresa y los políticos de allí creyeron haber descubierto el secreto de la prosperidad perpetua, sobrevino aquella crisis inesperada, tenida, con razón, por una de las más grandes de la Historia. Con arreglo a las teorías monetarias que entonces imperaban en los medios oficiales de aquel país, se creyó poder conjurarla aumentando la masa circulante de dinero. Se bajó el tipo de descuento, se procuraron facilidades de crédito, se estimuló por diversos medios la salida del dinero al público. Nada se logró; el dinero no era solicitado en cantidades mayores, sino menores que antes. La crisis había socavado los incentivos para los negocios; las perspectivas de beneficios habían descendido por debajo de todo tipo posible de interés por bajo que fuera, y éste, en vez de ser solicitado, acudía a los Bancos, porque los ahorradores preferían mantener en forma líquida sus economías que darles cualquier empleo, y menos productivo. El mecanismo bancario resultaba impotente contra esto. El atasco se resolvió unos años después, bajo la administración de Roosevelt, de una manera que a muchos pareció sorprendente: haciendo el valor de los dólares un 40 % más pequeño, esto es, reduciendo la capacidad de los vehículos transportadores de la riqueza.

Pero la incapacidad de la Banca para resolver las crisis quedó patente. Hay un cierto tipo de Banca que parece más apta para dominar el obstáculo: la banca de empresa, que se dedica a promover y financiar negocios, cuando no con su propia res-

adverso, porque ¿qué sería de ella si invirtiera los capitales de que dispone sin miras a la rentabilidad? Lo primero que ha de hacer un Banco de negocios que entienda el suyo, es asegurarse del porvenir de las empresas que acomete. Si algún fracaso sufre, ha de representar un porcentaje pequeño en la masa total de sus iniciativas. El acumular fracasos le llevaría a la ruina y a la quiebra. Esto demuestra que ni aún una entidad de gran crédito, capaz de levantar casi ilimitadamente capitales y emplearlos por sí, puede nada en contra de la coyuntura.

Y si esto es así, mucho menos puede esperarse que la dadivosidad de la Banca comercial, que tradicionalmente tiene su principal negocio en el descuento de papel comercial que responda a operaciones de venta ya realizadas, tenga una acción correctora sobre el ritmo de la economía. Es el movimiento de ésta la que ha de marcar el paso de los negocios bancarios, como la velocidad del viento es la que da a las aspas del molino la pauta de su marcha.

¿Qué diremos en fin de la Banca emisora, cúspide de la pirámide bancaria, que tiene limitada la calidad de las inversiones, generalmente reducidas a papel avalado por firmas de primera calidad, cuando no por bancos comerciales acreditados, y que, fuera de créditos escogidos, sólo puede tener como activo material los metales monetarios y a veces, por concesión especial, valores públicos? Son ésas, limitaciones que se han juzgado necesarias hasta ahora para la que es natural guardián del valor de la moneda.

Por eso me parecen equivocadas las esperanzas que alientan esta racha de estatificaciones bancarias que sopla sobre el mercado financiero. ¿Se va a conservar a la Banca dentro de los principios tradicionales que han demostrado ser, ~~dentro~~ ~~de~~ la actual estructura económica, los de una buena política monetaria? Pues, entonces, esas esperanzas resultarán fallidas; los promotores de tal medida sobrevalúan el poder económico que la estatificación del crédito pone en sus manos. Al final se encontrarán que no se ha conseguido sino burocratizar más su administración, lo cual no constituye una ventaja en ningún aspecto. ¿Es que se van a alterar aquellos principios introduciendo prácticas que los infrinjan? Esperemos en ese caso serias perturbaciones que acabarán en alguna crisis económica, de difícil solución una vez metidos en el atolladero, lo cual en una estructura social y política tan inestable como la que ahora tiene el mundo puede acarrear ~~las~~ lamentables consecuencias.